

D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.



D. FRANCISCO MUÑOZ DELMONTE.

---

EL VERANO EN LA HABANA.

I.

Ese denso vapor que se levanta,  
Opaco, blanquecino, amarillento,  
Y sube en perezoso movimiento  
Desde el bajo horizonte hasta el cenit,  
Es la respiración ardiente y seca  
De la tierra de Cuba en el verano;  
Abrasado suspiro, con que en vano  
Llama del Norte la estación feliz.

El sol en Cáncer sus caballos lanza  
Por las llanuras del desierto cielo,  
Y su aliento de llama enciende el suelo  
Y lo tuesta su soplo abrasador.  
Y arde el monte, y la loma, y la sabana,  
Y la radiosa palma llama al trueno,  
Y en la flecha que nace de su seno  
Hunde el rayo su fuego aterrador.

Y mustio, y palpitante, y quemado,  
Exhala el árbol un chirrido agudo,  
Y entre el denso espesor del bosque mudo  
Corre tibio el arroyo sonador.



Y la tímida flor su cáliz cubre  
Cerrando su corola perfumada,  
Como virgen que oculta avergonzada  
Con sus manos el seno encantador.

Y el hombre en esta atmósfera de llama,  
Entre estas lavas de un volcán latente,  
Á par que el alma arrebatarse siente,  
Siente el cuerpo abatirse en proporción.  
Y sus flexibles nervios se liquidan,  
Y sus músculos duros se distienden,  
Y sus entrañas trémulas se encienden,  
Y se quema su débil corazón.

¿Quién alumbra los fuegos que en la noche  
Cruzan el aire transparente y puro?  
¿Quién en los ojos del cocuyo obscuro  
Nutre y mueve la lumbre sideral?  
Y en la pálida faz de la habanera,  
¿Quién pone esos carbones encendidos,  
Esos ojos eléctricos y fluidos,  
Embeleso y tormento del mortal?

II.

Es el sol claro y fulgente  
Que en el trópico candente  
Vierte su inmenso torrente  
De fuego y luz inmortal.

Es el sol que engendra y luce;  
El sol, que mata y seduce;  
El sol, que abrasa y produce  
En un contraste eternal.

¡Es el sol!—Su lumbre pura,  
Ya fecunda, ya madura,  
Los cafetos en la altura,  
En llano el cañaveral.

Dora del *mango* la yema,  
Cuece en el *anon* la crema,  
Da á la *piña* su diadema,  
Su lanza á la *palma real*.

Y es rosa en el horizonte,  
Verde esmeralda en el monte,  
Melodía en el sinsonte,  
En la alta caña cristal.

Y en el hombre es chispa ardiente  
Que le infunde un estro hirviente,  
Cuando casi adolescente  
Se lanza al mundo ideal.

Y en la doncella cubana  
Es la gracia sobrehumana  
Que une la hurí musulmana  
A la ondina de Fingal.

III.

Julio en tanto ardoroso se levanta  
Y hacia el rugiente Can se precipita,  
Y una fiebre exterior el cuerpo agita,  
Y otra fiebre interior la alma quebranta.

¡No más, oh sol! ¡no más! Tu fuego intenso  
La masa cerebral volatiliza,  
La médula transforma en vapor denso,  
Y en las venas la sangre carboniza.

¡Ah! ¡Dadme hielo, y cabe el hielo lumbre;  
Dadme el cierzo á beber del Somosierra,  
Ó dadme del Pirene la alta cumbre,  
Ó de Granada la nevada sierra!

Dadme hielos, salones alfombrados:  
Que en la nieve glacial mi pie resbale,



Y del cuello y del seno, en piel forrados,  
Su grato aroma la belleza exhale.

Dadme hielo, y carámbanos, y frío,  
Que enrojezcan mi rostro macilento,  
Y el fuego apaguen en el pecho mío,  
Y en mi sangre el ardor calenturiento.

IV.

¡Mas no! dejadme en Cuba, mi patria idolatrada (1),  
Dejadme en esta zona bendita en que nací,  
En donde por las brisas mi infancia fué arrullada,  
En donde el sol naciente la vez primera vi.  
Dejadme entre las ondas del plácido Almendares,  
Bordado de aguinaldos, sombreado de palmares,  
Templar la calentura que siento arder en mí.  
Dejadme por la siesta burlar el sol radiante,  
Mirando entre las hojas del plátano sonante  
Mecerse los racimos cual ramos de alelí.

Dejadme que respire la brisa encantadora  
Que viene del Oriente rizando el ancho mar,  
Cargada de perfumes robados á la aurora,  
Bañada de frescura que el fuego va á templar.  
Dejadme que refresque las llamas de mi frente  
Con el terral nocturno que sopla del Poniente  
Trayendo los suspiros del cándido azahar.  
Dejadme ver la luna cubierta de celajes,  
Que en torno de su disco figuran los encajes  
De virgen desposada que marcha hacia el altar.

Dejadme, sí, en la Habana; la tierra de las flores,  
La tierra del deleite, del fuego y del amor.  
¡Tu sol yo quiero, oh patria! Tus vientos bramadores,

(1) Á pesar de esta afirmación, el poeta era dominicano. Véase el prólogo.

Tus negros huracanes, tu cielo y tu calor.  
Tus bosques son un velo bordado de esmeraldas,  
Que flota en tu garganta, que cubre tus espaldas,  
Y templá los ardores del astro abrasador.  
Tu palmas son las plumas que ondulan en tu frente:  
Tu mar la azul alfombra do duermes muellemente;  
Tu sol rica diadema que anuncia tu esplendor.

La Habana aun es muy joven. No existe aquí el pasado.  
Su gloria es el presente, su anhelo el porvenir.  
¡Poeta de recuerdos!—Tu canto es excusado.  
¡Poeta de esperanzas!—Tu canto deja oír.  
Dejadme, sí, dejadme que cante lo presente,  
Que cante lo futuro del suelo por quien siente  
Mi pecho estremecido sus músculos latir.  
Dejadme, sí, que viva, dejad que muera en Cuba;  
Dejad que cuando mi alma de Dios al trono suba,  
Mi tumba entre palmares se pueda en Cuba abrir.

¡Mas ay! que en vano quiero, ardiendo en patriotismo,  
Poner en mi sepulcro las palmas por dosel;  
Un hado inexorable, más fuerte que yo mismo,  
De España á las riberas empuja mi bajel.  
Acaso helado un día al pie del Guadarrama,  
Del sol que aquí me tuesta, del sol que aquí me inflama,  
La acción vivificante mis labios pedirán,  
Y entonces del recuerdo la lágrima quemante,  
Surcando tristemente mi pálido semblante,  
Caer helada al suelo mis ojos la verán.

Á LA MUERTE DE MI AMIGO Y CONDÍSCÍPULO

JOSÉ MARÍA HEREDIA.

¡Se cumplió su misión sobre la tierra!  
La tierra oyó su apasionado canto:  
La tierra vió su inextinguible llanto:  
La tierra compartió su padecer.